

LA DINÁMICA RACIAL Y EL DISCURSO ANTROPOLÓGICO EN *EL ENTIERRO DE CORTIJO DE* EDGARDO RODRÍGUEZ JULIÁ

Edgardo Rodríguez Juliá (n.1946), escritor puertorriqueño perteneciente a la generación de los setenta, tiene como pasión escritural rescatar y reexaminar la historia de su país. Rodríguez Juliá es parte de una generación de escritores entre los cuales se encuentran Rosario Ferré, Ana Lydia Vega, Magali García Ramis, Carmen Lugo Filippi, Tomás López Ramírez, Manuel Ramos Otero, Juan Antonio Ramos y Edgardo Sanabria Santaliz. En palabras de Rodríguez Juliá una de las preocupaciones de esta generación es «crear una nueva imagen de la identidad puertorriqueña y confrontar tradiciones literarias previas con nuevos temas y nuevas estrategias narrativas» (Rodríguez Castro 744). Sobre el rescate o la búsqueda de la identidad, Rodríguez Juliá diría en una entrevista con el crítico peruano Julio Ortega:

es tan obsesivo en nosotros los escritores puertorriqueños esa explicación, porque nosotros somos algo así como el ser especial y raro del hecho latinoamericano. Hoy por hoy somos todavía una colonia. En última instancia, toda nuestra literatura lo que hace, es justamente eso, explicar por qué Puerto Rico hoy por hoy es aún una colonia. ¿Por qué este país nunca ha sido libre, nunca ha tenido un movimiento independentista significativo? Son preguntas que nos debemos hacer. Bucear en la historia y en las pesadillas de la historia es un poco bucear en la explicación de todo esto, de ese hecho tan especial que es la puertorriqueñidad dentro del mundo latinoamericano. (Ortega 132)

La preocupación por la identidad nacional, como apunta Rodríguez Juliá, no es exclusiva de su generación sino inherente a la literatura nacional, inevitablemente. La manera en que se ha dado este hurgar en la identidad nacional ha sido diferente para cada generación. Escritores del siglo pasado como Manuel Zeno Gandía promovían la articulación de una hegemonía nacional por parte de la clase de hacendados. Este proyecto fue fallido por la falta de arraigo de esta clase que en su mayoría era producto de una inmigración latinoamericana y europea. En la década del 1930 surgió un grupo de escritores que tomaron como caballito de batalla al criollismo. Escritores como Emilio S. Belaval, Antonio S. Pedreira, Emilio Díaz Valcárcel y Enrique Laguerre, entre otros, intentaron justificar una identidad nacional a partir de los valores del campo con la intención de contrarrestar el efecto del desplazamiento demográfico de la montaña a la costa. Por lo mismo, la montaña y el campesinado pobre pasaron a ser epígonos de la cultura nacional.

Para Rodríguez Juliá su objeto de estudio es en varios casos un evento de significado masivo como el entierro de Luis Muñoz Marín o los funerales de Rafael Cortijo. Su problematización de la cultura ocupa los lindes entre lo popular y lo elitista; la memoria social que él intenta concretar pone en juego sectores sociales enteros porque en ellos se puede estudiar la subjetividad nacional puertorriqueña con mayor acuidad. Según Rodríguez Juliá:

Para decirlo en una fórmula escueta: yo lo que escribo son las pesadillas de la historia. . . . Pero, en realidad, las pesadillas y los sueños son significativos para entender el mundo de la vigilia. Lo mío son las pesadillas. (Ortega 131)

La pregunta que interesa, a partir de esta aseveración, no es si los textos son primero narraciones y luego historias, o si hay más de historia que de ficción o viceversa. Lo medular es el proyecto nacional que utiliza un fundamento histórico y un medio narrativo para entender el presente de la nación y el fracaso de la emancipación de Puerto Rico. Sobre la historia Michael Frisch dice «What matters is not so much the history that is placed before us, but rather what we are able

to remember, and what role that knowledge plays in our lives» (Frisch 10). Con esto en mente, propongo que Rodríguez Juliá tiene como propósito manipular la jerarquía simbólica de la memoria nacional para problematizar la identidad nacional. Sobre esta manipulación de los hechos explica Ana María Alonso:

All histories, whether spoken or written, are produced in an encounter between a hermetics and a field of social action which is symbolically constituted . . . the contingency of history-as-action is always mitigated by the backwards gaze of history-as-representation which orders and explains, which introduces a teleology hardly evident at the time of the original events. (Alonso 34)

La preocupación no es por entender los hechos sino por explicarlos de una manera constituida simbólicamente para enseñar una jerarquía y un orden dominado por una ideología y una teleología, o el fracaso de dicha teleología. En la novela el narrador, un Rodríguez Juliá intradieético, escribe: «¿Cómo definir este pueblo? Definirlo es fácil, pero ¡qué difícil es describirlo! Es pueblo pueblo, mi pueblo puertorriqueño en su diversidad más contradictoria» (18).

La representación del orden social dentro de un contexto histórico, adquiere un valor semántico más contundente que dentro de un ámbito literario. De por sí este valor semántico no puede ser absorbido a nivel estructural sin que se provea una analogía. En «Blurred Genres: The Refiguration of Social Thought», Clifford Geertz comenta cómo el discurso sociológico ha cambiado de

a laws and instances ideal of explanation toward a cases and interpretations one, looking less for the sort of thing that connects planets and pendulums and more for the sort that connects chrysantemums and swords. (19)

El sociólogo sugiere que hay tres tendencias en cuanto al uso de analogías para explicar el orden social: el juego, el drama y el texto.

La primera es la interacción entre individuos como una serie de estrategias, reglas y trucos para adquirir cierta posición dentro de una dinámica competitiva. La segunda ve lo social como un drama donde cada actor tiene un papel que llevar a cabo dentro de una acción social predeterminada. La tercera, y la que más interesa para este ensayo, pretende fijar el texto de un evento social. En esencia, fijar lo social es otorgarle un significado textual para que el análisis sea una interpretación textual de un «texto» social. La naturaleza filológica de este análisis admite varias conexiones semióticas según Becker:

the relation of its parts to one another; the relation of it to the others culturally or historically associated with it; the relation of it to those who in some sense construct it; and the relation of it to realities conceived as lying outside of it. (citado en Geertz 32)

En esta analogía se encuentra *El entierro de Cortijo*. Un evento social significativo dentro de la cultura afropuertorriqueña, el entierro de una figura de arraigo en este grupo, será semiotizado para inscribir el grupo social en cuestión. Muy temprano en el texto Rodríguez Juliá reconoce el potencial de su texto: «ya se perfila que esta crónica será el encuentro de muchos cruces históricos» (12), y más adelante alude a «el signo, ese significante . . . preñado de significados terribles» (13).

La crítica sobre Edgardo Rodríguez Juliá ha intentado definir al narrador de diversas maneras reconociendo que su posición con respecto a lo narrado es problemática porque «el cronista [es] un espectador cuya subjetividad se coloca como el eje central de su narración» (Rodríguez Castro, *Memorias* 78). Por tanto, el narrador hace un gesto doble por un lado autobiográfico, por otro etnográfico:

Mirarse a sí mismo como otro auspicia el reconocimiento; mirar al otro fuera de sí, las diferencias. Pero, aún en el gesto autobiográfico que intenta recobrar, en el recuerdo, un yo privado unitario y continuo que legitime su presencia en estos

entierros públicos, se evidencian las marcas de la carencia, la dispersión y la alienación del sujeto. En el fondo ambos operativos funcionan como remiendos de su persona y, así, sin un rostro identificable al cronista sólo le quedan las máscaras. (Rodríguez Castro, Memorias 81-82)

La postura del narrador es ambigua, oscilante. Su objeto de estudio es, en cuanto a lo narrado, él mismo, el entierro de Cortijo, la historia de la música popular y la comunidad del residencial Lloréns Torres, y, a la vez, su labor como cronista, ficcionalizador e intelectual.

Uno de los artículos que más ilumina la problemática del narrador de *El entierro de Cortijo* es «Multitud y tradición en *El entierro de Cortijo*» de Juan Ramón Duchesne. Para Duchesne:

Rodríguez Juliá es nuestro cronista de la multitud. Desarrolla como pocos el tenor alegórico que en la literatura ha cobrado la inmersión del intelectual en la multitud. Históricamente, a raíz de esa inmersión, el escritor siempre ha propuesto un caso enigmático suscitado por su papel de peregrino ante quien desfila la confusión social misma en la cual debe leer (o escribir) la galería de tipos, figuras, virtudes, vicios, fuerzas e intereses que delectan la SOCIEDAD CIVIL. (173)

Obviar esta intención de Rodríguez Juliá sería pueril, igual que lo sería dar importancia exclusiva al juego posicional del narrador. Este paseante no es inocente, no es un mero turista de otra sociedad, y, por lo tanto, analizar su discurso como criterios aplicables a un etnógrafo sería hacer justicia a un texto complejo. Por tanto, analizaré la relación que el narrador Rodríguez Juliá establece con el cuerpo social cual si este paseante fuese un etnógrafo, un escritor de lo afropuertorriqueño, siguiendo las premisas expuestas anteriormente sobre la analogía textual.

